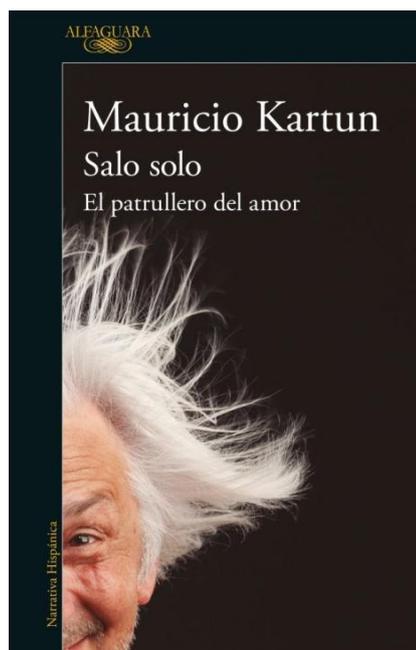


Mauricio Kartun
Salo solo. El patrullero del amor.
Buenos Aires
Alfaguara
2023
221pp.



La carcajada como subversión: Kartun en su rol de novelista

Milena Bracciale Escalada¹
UNMdP

Referente indiscutido del teatro nacional, Mauricio Kartun no deja de sorprender. Su último y más reciente libro es, paradójicamente, su primera novela. Una deuda pendiente que la pandemia permitió concretar. Fiel a su estilo, durante el aislamiento obligatorio del año 2020, Kartun comenzó a experimentar con otros formatos, nuevos y anacrónicos a la vez. Nuevos, porque se corrió de su área de experticia, la dramaturgia,² para darle sitio a

¹ Milena Bracciale Escalada es Profesora, Magíster y Doctora en Letras por la UNMdP, donde se desempeña como ayudante graduada en el área de Literatura Argentina. Investiga teatro desde el año 2006 y se ha dedicado especialmente a la obra dramática de Mauricio Kartun, cuyo resultado se plasma en el libro *La Argentina como drama*, publicado por Eudem en 2022. Forma parte del comité ejecutivo de Cuarenta Naipes y es integrante del grupo de investigación Cultura y Política en la Argentina, con residencia en el Celehis. Mail de contacto: milenabracciale@gmail.com

² Vale la pena recordar que su primera pieza publicada se remonta a 1980 y que desde allí ha mantenido un desempeño ininterrumpido como dramaturgo.

la narrativa, con la que no se reencontraba desde su temprana juventud; anacrónicos, porque eligió el folletín y lo instrumentó a través del blog, una tecnología ya en desuso y obsoleta para cuando decide implementarla. No es casual. Su afición por lo anacrónico – desde el uso del lenguaje hasta los temas abordados– es uno de sus sellos distintivos; un modo peculiar de resistencia ante el avasallamiento de las modas y las imposiciones apremiantes de lo nuevo. Rebelde y desafiante, Kartun elige siempre ir por los intersticios de los lugares no comunes. Por medio de la difusión a través de su cuenta de Facebook, logró una comunidad de seguidores atrapados todos los viernes, en principio, por *Konsuelo*, un folletín en el que el copista Apolo Menta despertaba efusivas sonrisas, en vinculación directa con el oficio teatral y todos sus vericuetos. Entusiasmado con el género, llegó pronto Salo, o por nombre completo, Salomón Goldfarb, otro personaje entrañable, que del blog pasó finalmente al libro, publicado por Alfaguara –que enseguida supo que sería un éxito–, en 2023. El primer dato inconfundible del texto es su impresionante capacidad para provocar estruendosas carcajadas.

La novela es una saga de aventuras; casi una novela de aprendizaje, podríamos decir, un *bildungsroman* que le llega al protagonista “a la vejez, viruelas” (usando el estilo popular con el que tanto nos deslumbra Kartun). Salo enviuda y de manera simultánea deja de trabajar. Por lo tanto, vuelve a nacer. Una nueva vida lo acucia y todo es puro aprendizaje. Para mitigar la depresión y la soledad, el “médico de los nervios” –de quien solo espera ansioso la receta del rivotril para poder dormir– le aconseja circular, andar por lugares nuevos, abrirse. El consejo de *Serebrisky* –nótese el apellido alusivo al cerebro pero también al whisky, aficiones del doctor– sirve como epifanía y Salo se convierte en “el patrullero del amor”. Con reminiscencias de la picaresca española, el personaje sale al mundo a aprender y en cada capítulo se encuentra con una

nueva aventura. Los amos del lazarillo son reemplazados aquí por las maestras-mujeres, que lo educan en los intrincados laberintos del amor.

Hay dos aspectos vertebrales en la novela de Kartun. Por un lado, el humor. Por otro, la focalización que asume el narrador. Empecemos por el humor. Lo primero que hay que decir es que el humor constituye una marca insoslayable de la poética kartuniana, reconocible en toda su producción teatral. Al contrario de lo que suele creerse, que esta novela sea tan divertida no le resta un ápice de profundidad. Muy por el contrario, es precisamente en el procedimiento humorístico y en el efecto que este produce, donde reside el poder subversivo del texto. Kartun ejerce con maestría un humor desopilante, irreverente, desenfadado, popular y vinculado con lo sexual. La risa –cualidad excluyente del ser humano–, posee un componente biológico y otro, fundamental, de carácter social, por lo que implica complicidad (Bergson 2009: 14-15). Aquí, si bien es cierto que por momentos nos reímos de Salo, la mayor parte del tiempo, Kartun nos hace partícipes de una ironía que desenmascara, por sobre todas las cosas, la hipocresía. Cuando Bergson (2009) estudia lo cómico de los caracteres, hace hincapié en la significación y el alcance social de la risa, y en el hecho de que lo cómico expresa ante todo una inadaptación del individuo a la sociedad, al mismo tiempo que destaca su carácter subversivo. El efectivo tono jocoso de las aventuras de Salo le sirve al autor para poner en cuestión toda una serie de bastiones en torno a lo políticamente correcto y a los tabúes de la edad. Los chistes, tal como explica Freud (1993), se elaboran como condensación, lo que permite expresar una crítica y formar un juicio. En términos del psicoanalista, la “tendencia al ahorro” define el carácter general del chiste (1049-1050), guiado además por el principio de placer. El propio protagonista debe controlar su afición por el chiste (“Payasonocoge. Su mantra”; p.76), lo que revela que es una suerte de payaso grotesco que aunque por momentos roce

lo patético, encanta y produce empatía gracias a su inocencia y a sus implacables dotes de perdedor.

En este nuevo nacimiento que experimenta el personaje, no hay coerciones morales sino pura libertad. Por primera vez en su vida, Salomón se atreve a desafiar los mandatos heredados y reniega de una vejez aburrida o sinsentido, para poner en primer plano la persecución genuina de sus deseos. De esta forma, no solo se anima a usar Tinder, a descubrir los encantos de la pastillita azul y de la marihuana; a probar con el sexo virtual o a mantener encuentros amorosos en un geriátrico ante la fascinación y el voyeurismo de los internos, sino, y sobre todo, a bailar como la finada no lo dejaba, a hospedar en su hogar a su amigo homosexual de la infancia –aquel al que su madre, descubre de grande, le había pedido que se alejara–, pese a los rumores de “rareza” que eso puede despertar; a deshacerse de las presiones de sus hijos, que de tan pacatos y prejuiciosos que son, poco los vincula con su propia sangre. Una de sus mujeres-maestras, la activista gremial con la que se atreve a ser el hazmerreír de todos por lo desparejo de la pareja –el chiquito con la grandota–, desafía a la nuera en términos políticos. Comprometida militante del PO, trata con agudeza irónica a la coordinadora de equipos de López-Murphy, lo que anula su discurso y la condena al mutismo. Es decir, con un marcado propósito humorístico, Kartun no abandona nunca su posicionamiento político. Logra que los lectores sean cómplices de sus burlas, que recaen siempre sobre los exitosos, los correctos, los narcisos, los pacatos y los engominados, pero también sobre los liberales y los partidos de derecha. Así, provoca empatía con los perdedores, con los pobres, con los fracasados y marginales, y con indisimuladas carcajadas patea sin piedad los tabúes sociales, a la vez que reflexiona sobre la soledad y la vejez. Una ficción que es un canto a la vida; una gran pancarta que celebra el derecho al placer.

La segunda cualidad que destacamos de la novela es su estilo narrativo. Los personajes de Kartun poseen siempre una sintaxis particular, un modo peculiar de hablar que pone el énfasis sobre la materialidad de la palabra, al combinar la oralidad con las expresiones populares y el uso de diminutivos, lo que es gracioso de por sí; del mismo modo que los juegos de palabras y las asociaciones inesperadas, de lo que resulta un ejemplo elocuente el propio título de la novela: *Salo solo*. Se destaca también el empleo de un léxico anacrónico (los “vaqueros” y no el “jean”) así como la estilización de la oralidad e incluso la castellanización de vocablos y expresiones extranjeras (“iutub”, el “gepeese” o los “fudtracs”). Pero lo más llamativo es la focalización que asume el narrador, al punto de que por momentos no distinguimos si es el personaje el que se habla a sí mismo o si es la voz del narrador. Hay una fluctuación permanente entre la primera y la tercera persona que nos permite ingresar a la cabeza del personaje, a sus pensamientos, a aquello que divaga mientras suceden los acontecimientos pero que no lo dice en voz alta. Esa contradicción entre el pensar, el decir y el hacer, también provoca humor. Pero sumado a esto, las apelaciones al lector resultan sorprendidas, puesto que lo atrapan justo en su ejercicio del mal pensar y sin previo aviso: “Detalles acá no, si estás buscando de esas cosas te vas a otro lado. Se refocilan. Punto. Buscate refocilar” (p. 169). El tono imperativo que impone el narrador en el diálogo directo con el lector produce un vaivén, un ida y vuelta, que lo hace partícipe directo de las aventuras de Salo. Lo “entretiene”, o como explica el propio Kartun, lo “tiene entre” sus manos. Lo lleva y lo trae, lo orienta, lo guía, y esa guía resulta un deleite.

De la escuela de espectadores al burako con las amigas de la finada; de la experiencia del bolo como extra de cine a la competencia de baile con viaje incluido al hotel Provincial de Mar del Plata, sin obviar las obligadas visitas a Chichilo, Montecatini

o Manolo; Saló recorre todo un derrotero de atracciones vinculadas a lo popular pero también a la vida de la clase media después de los sesenta: la soledad y sus paliativos, desde Mastercheff hasta Tinelli. Kartun se atreve también a reírse de sí mismo, de los artistas y de los poetas, y ubica las aventuras del protagonista en un entorno local y conocido, en los recovecos de la ciudad cotidiana. Una novela enteramente de acá, porque su lenguaje y geografía revelan una inconfundible idiosincrasia argentino-porteña.

Sea en el género que sea, Kartun demuestra una vez más que es un gran artífice de la palabra, dueño de un estilo singular y único, que logra hacernos reír de nosotros mismos, de nuestras propias tibiezas e hipocresías, de nuestros propios tabúes y de nuestras peores miserias. La literatura opera así como un espejo refractario; el humor, como hachazo subversivo.

Referencias bibliográficas:

- Bergson, H. (2009). *La risa. Ensayo sobre el significado de lo cómico*. Losada.
- Freud, S. (1993). “El chiste y su relación con lo inconsciente” y “El humor” en *Obras Completas*. Tomos 5, y 17. Hyspamérica. 1029-1167 y 2997-3000.